





Laila Winter
y la maldición de Ithirïe



Bárbara G. Rivero

Laila Winter
y la maldición de Ithirie



TOROMÍTICO

© BÁRBARA G. FRESCA-RIVERO, 2010

© EDICIONES TOROMÍTICO, S.L., 2010

Primera edición: mayo de 2010

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

EDICIONES TOROMÍTICO

JUVENIL BESTSELLERS

Edición de ÓSCAR CÓRDOBA

Diseño de cubierta: ANTONIO E. CUESTA LÓPEZ

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

I.S.B.N. 978-84-96947-74-0

Depósito Legal: J-464-10

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

| | |
|---|-----|
| 1. Cyinder | 23 |
| 2. A través de la niebla | 31 |
| 3. Semillas de venganza | 55 |
| 4. Secretos a medias | 75 |
| 5. La Universidad Blanca | 93 |
| 6. La Vieja Historia de Faerie | 107 |
| 7. El castigo del olvido | 123 |
| 8. Secretos de familia | 133 |
| 9. El último sol | 147 |
| 10. Nña | 165 |
| 11. Arañas y serpientes | 183 |
| 12. Un plan lógico | 201 |
| 13. Más allá de las aguas traicioneras... | 223 |
| 14. La boda de Mrs. Peabody | 243 |
| 15. Caída al abismo | 261 |
| 16. Las Piedras de Firie | 281 |
| 17. Un resquicio en sombras | 301 |
| 18. Redención | 319 |
| 19. El juego del poder | 335 |
| 20. El destino de un rey | 357 |
| 21. Las Minas de Nan-Tasir | 371 |
| 22. De las cenizas... | 389 |
| 23. Fatalidad | 409 |
| 24. Las mazmorras de Belion | 417 |
| 25. Las hijas de Ethera | 435 |
| 26. El fin de la maldición | 453 |
| <i>Epílogo</i> | 473 |

Sobre el viento de los siglos...
Sobre el fuego de la codicia...
Sobre la luna y los soles...
Más allá de las aguas traicioneras...
Mi canto es sincero y mi deseo es puro...
Yo reclamo ante los dioses el regreso de Ithirë.

Estaba amaneciendo, y era el amanecer más bonito que había visto en su vida. Ethera abrió la boca asombrada, y quiso decirle algo a su madre. Algo cariñoso, porque el sol estaba a punto de salir por el horizonte, y el cielo permanecía suspendido en un momento mágico. Todavía brillaba la luna llena, y los colores violáceos de la noche se fundían a través de una gasa de neblina.

Sintió el frescor de la hierba en sus pies. El rocío de la mañana le daba frío y estaba tiritando. ¿Pero por qué no estaba en casa, durmiendo en su cama? Luego la despertaría la odiosa Sabatha y todas las sirvientas pesadas, y le peinarían las trenzas verdosas, iguales que las de su madre. Y cuando acabasen de tirarle de los pelos, ella les sacaría la lengua y se marcharía a jugar con sus amigas.

Sin embargo aquella noche era distinta. Ante sus ojos se desplegaba toda la ciudad de Eirdain y ella no entendía por qué se habían levantado en medio de la oscuridad, en silencio como furtivos, recogiendo lo estrictamente necesario y algunos víveres. Nadie hablaba, pero la tensión y las prisas se notaban en el ambiente.

—¿Dónde vamos, mamá? —había preguntado sentada en la cama bostezando de sueño.

Su madre la miró, y por un momento Ethera sintió miedo al ver su cara preocupada entre las sombras danzantes de las velas. Ella y Sabatha susurraban cosas y Ethera volvió a odiar a la criada un poquito. Cuando hacía alguna travesura, la otra siem-

pre estaba vigilante, como si tuviese mil ojos en todos los sitios. No había forma de escapar del castigo. Otras veces llegaba y le contaba historias de miedo, y Ethera se pasaba las noches despierta, temblando. Pero esta vez, su madre y la criada estaban nerviosas, no le hacían caso ninguna de las dos.

Sabatha no dejaba de seleccionar cosas que debían ser importantes, rebuscando en aparadores y misteriosas cajitas, y luego las guardaba en una bolsa de cuero. Mejor, así no vería sus ojos verdes de gato que le daban miedo. Su madre se acercó y le acarició la cara con dulzura.

—Hoy vamos a dar un paseo por los bosques de Ithari, y si te portas bien... —dejó en suspenso sus palabras hasta que Ethera asintió entusiasmada—, si te portas bien iremos a espiar a los humanos y a gastarles bromas.

—¿Vamos a Hiria? —exclamó la niña loca de contenta, vistiéndose a toda prisa.

—No, Hiria ya no —susurró su madre con voz tenebrosa.

De repente se había puesto seria y Ethera se preguntó si había dicho algo malo. Miró a la criada con precaución, esperando ver una mueca que indicase que estaba a punto de recibir una nueva reprimenda, pero en su cara oscura, los ojos de gato relumbraban con un brillo espectral.

Bueno, pues nada de Hiria. Ethera pensó fastidiada que le gustaría más ir a Solarie, a reírse de esas tontas cursilonas, o a cualquiera de los otros reinos. Los había visitado todos. Conocía a todas las princesas y muchas eran mayores que ella, más serias, pero cuando iba a verlas siempre acababan cediendo a sus caprichos, jugando con ella todo el día y contándole cuentos. Iba a sugerir que le gustaría ir a Airie, a volar luchando contra el viento, cuando la mirada severa de Sabatha la hizo desistir.

Salieron del palacio sin decir una sola palabra más. Los guardianes y las damas de compañía las escoltaron hasta la Plaza

del Valo Nanduïl, el *Durmiente Eterno*, pero ella no pudo admirar el grandioso árbol que crecía lleno de flores y frutos hasta donde alcanzaba la vista, que se decía que estaba custodiado por un dragón, aunque Ethera nunca había visto ninguno. Se dio cuenta de que Sabatha recogía algunas manzanas del árbol y las guardaba en su bolsa de cuero. Ella sonrió maquinando una travesura. Cuando la criada se despistase, se las robaría y se las comería. Sin embargo, no pudo seguir pensando porque a su alrededor, la gente corría asustada en medio de la noche oscura. Muchos portaban antorchas y por todos lados se escuchaban gritos de aviso y alarmas.

—¿Qué pasa, mamá? —balbuceó con los ojos muy abiertos, viendo cómo las gentes corrían hacia los bosques sin importarles dejar atrás sus casas y sus vidas.

Su madre iba a contestar pero en ese momento llegó un mensajero que se postró ante ellas sin apartar los ojos del suelo.

—Majestad —saludó a la madre de Ethera con voz ronca.

—Entonces, ¿es cierto? —susurró ella.

—Sí —confirmó el otro asintiendo con la cabeza—. Ya han salido de Tir-Nan-Og. Vuelan incansables hacia nosotros.

Sabatha le susurró algo al oído y la reina asintió.

—No puedo creer que Nemaïn haya tomado esta decisión —dijo retomando la marcha, ahora con más prisa. Ethera sintió el tirón de la mano.

—Dicen que no ha sido la reina Nemaïn —susurró el mensajero caminando tras ella—. Dicen que Nemaïn está llorando con el corazón roto de dolor. Las tuathas han emitido su veredicto y ella no puede hacer nada...

—¡Tonterías! —replicó la reina apretando los labios—. ¿Se sabe algo del general Fahon?

—Nada. Desaparecido. Todo apunta a que ha sido él el responsable de este malentendido.

—¡Maldito loco, nos va a matar a todos! En nombre de los

dioses, ¿para qué querría las Piedras de Firie? ¿Acaso no tuvo bastante con lo de Hiria?

El mensajero permaneció en silencio sin saber qué responder y la reina siguió su camino con Ethera de la mano, sumida en profundos pensamientos.

—Regresa a Tir-Nan-Og —ordenó por fin al mensajero—. Solicita audiencia con la reina Nemaïn a solas, no quiero que la perturbada de su hermana esté presente cuando te reúnas con ella. Dile que en nombre de la reina Laira, Ithirie entero se prostra a sus pies suplicando clemencia.

—Pero majestad —se asombró el otro.

—¡No me importa humillarme! —exclamó la reina perdiendo la compostura—. Pero tenemos que sobrevivir a esto. Es un terrible error y estoy dispuesta a pagar por lo de Hiria una y mil veces, pero no por esto. Por esto no. Vete y cumple mi mandato.

El mensajero se arrodilló ante ella acatando la orden y luego se alejó presuroso perdiéndose en la noche. Ethera miraba hacia atrás, hacia las grandes pirámides que se alejaban poco a poco. Una muchedumbre se había congregado bajo el Nanduïl portando estandartes y miraban al horizonte en silencio. Muchas de sus compañeras de juegos estaban allí, cogidas de la mano de sus madres, y las niñas la observaban partir con los ojos llenos de miedo.

—Yo quiero ir a la plaza —se encaprichó de repente intentando tirar de su madre hacia atrás—. Quiero jugar con ellas...

—Ahora no —cortó la reina sin dejar de caminar—. Quizás en otro momento. Mañana tal vez.

Ethera utilizó su arma definitiva para convencer a su madre y se puso a llorar sin consuelo, solo que esta vez no sirvió de nada. Además la odiosa Sabatha le hizo el gesto de pellizcarla y ella apretó el paso.

Dejaron Eirdain atrás y pronto una multitud de ithirïes se congregó en torno a ellas. Todos parecían asustados y muchos lloraban. Se habían refugiado en un bosquecillo cercano, ocultándose a la vista. La reina Laira no dejaba de contemplar la hermosa ciudad de las pirámides y las miles de antorchas congregadas en la Plaza del Nanduïl, el gran árbol símbolo de todo el poder de Ithirïe.

Pasaron las horas, las más negras de su historia, mientras esperaban... Todos esperaban una respuesta que por fin llegó. El sonido de un cuerno rasgó el silencio con un retumbo sordo y sin darse cuenta, todos miraron hacia el cielo a la vez.

Estaba amaneciendo. Ethera sonrió, porque era un amanecer precioso. Parecía que el sol salía por todos lados e iluminaba las pirámides con pinceladas de oro. Miró a su madre y ella le apretó la mano con fuerza. Entonces la reina se agachó hasta su altura y le dio un beso en la frente.

—Sólo entregarás tu corazón una vez en la vida, igual que yo te lo estoy dando ahora —le dijo abrazándola—. Quieran los dioses que seas feliz cuando elijas a quién dárselo, y quieran también que todos tus días estén llenos de gloria.

Ethera puso cara de extrañeza. Pues vaya tonterías le estaba soltando su madre precisamente en el momento en que ella quería ver el sol nacer.

—Prométeme que algún día volverás —le pidió la reina Laira. En sus ojos había lágrimas.

—Sí, mamá —contestó ella. Sin saber por qué tenía el corazón encogido, pero estaba dispuesta a decir cualquier cosa con tal de que su madre no llorase.

El sol rompía ya el silencio mágico del alba y el cielo se estaba tiñendo de sangre. A su alrededor se sentía el miedo y muchos corrieron a esconderse en la espesura. Entonces la reina Laira le soltó de la mano y pidió un caballo. Voces de protesta se alzaron por todos lados, pero ella no hizo caso. Con gran

dignidad subió a la montura que un sirviente había traído y miró a su hija por última vez.

Ethera no sabía qué estaba pasando, pero comprendió que su madre se marchaba y la dejaba sola. Gritó y lloró mientras los brazos decididos de Sabatha la arrastraban hacia la espesura del bosque. En el cielo, una riada de soles iluminaba las grandes pirámides de Eirdain, pero ella sólo veía que su madre partía al galope alejándose de ella. El aire estaba lleno de gritos, los cuernos retumbaban sin cesar martilleándole los oídos. Tras ellos, murallas de fuego engullían la ciudad de Eirdain y con ella, los maravillosos árboles, las grandes pirámides y todo lo que encontraban a su paso.

Las ramas de los árboles le herían los brazos y la cara. Ethera lloraba sin parar, pero nadie le mostraba ningún consuelo. Todos corrían hacia los claroscuros del bosque. Gritos confusos y dolor. Caras crispadas cambiantes mientras ella llamaba a su madre una y otra vez.

—¡Emboscada! —se escuchó un grito por encima del tumulto.

Todos se detuvieron asustados en medio de la arboleda. Delante de ellos, un cortejo de soldados les esperaban. Y más que salían de los bosques, todo un ejército. La gente intentó huir, pero muchos fueron abatidos con flechas de fuego. Ethera gritó de espanto y Sabatha, que la llevaba en brazos, trató de apartarle la vista.

Los obligaron a arrodillarse con las caras pegadas a la tierra, registrando y destrozando todas sus pertenencias. Entonces los soldados se apartaron dejando pasar a un sacerdote vestido con togas púrpuras. El bosque entero pareció quedarse congelado en el silencio, con los rostros ithiries expectantes, los ojos llenos de miedo.

—¡Dónde está la que se hace llamar la reina Serpiente!
—demandó buscando por entre los arrodillados.

Nadie contestó. El sacerdote hizo un gesto y los soldados arrastraron a un ithiríe cargado de cadenas de hierro, lleno de heridas, que se desplomó en el suelo. Ethera gritó al recordar el rostro del mensajero que había estado hablando con su madre horas atrás. Entonces Sabatha se puso en pie lentamente, arrojando a la niña contra su regazo, y el sacerdote la miró con sorpresa.

—La reina Laira ha muerto —declaró con la cabeza muy alta y Ethera ahogó un aullido—. Y por el gran Valo Nanduïl, el Durmiente, que su sangre caerá sobre todos vosotros algún día por el crimen que hoy habéis cometido.

El sacerdote no pareció impresionarse y la observó en silencio.

—Nihalíae Ithiríe —contestó por fin y sus palabras retumbaron extendiéndose por el bosque como nubes de tormenta—. En nombre de su majestad, la reina Nemaïn, desde hoy se os declara traidores a Īalanthilían y se os condena al exilio o a la muerte.

Todos gritaron y aquellos que intentaron ponerse de pie fueron golpeados salvajemente hasta postrarse de nuevo. El sacerdote se acercó a la criada, con los ojos ardientes puestos en Ethera.

—Solo es una niña —gimió ella, comprendiendo al punto sus intenciones, apretándola aún más contra su pecho.

—Es la estirpe de las serpientes —rechinó el sacerdote los dientes, arrancándosela de los brazos y contemplando sus ojos inundados de lágrimas—. La heredera de los gusanos y las alimañas —la insultó sin piedad—, la reina de los traidores. Con su muerte, el veneno dañino de estas víboras se extinguirá para siempre.

—¡Por los dioses! —suplicó la criada poniéndose de rodillas—. Debes saber quién soy. Daré mi vida a cambio de la suya, pero no le hagáis ningún daño.

—No sé quién eres ni me importa. Tu vida no vale nada, perra, y con gusto derramaría yo mismo la sangre de esta criatura inmundada, si la reina Nemaïn no hubiese decidido respetar su existencia en el último momento.

Arrojó a la niña al suelo como si le diera asco tocarla y luego le escupió en la cara. Ethera temblaba de miedo. Las lágrimas le impedían ver nada más que imágenes borrosas. Un soldado que había estado registrando las pertenencias de las criadas, derramó todo el contenido de la bolsa de Sabatha sobre la tierra. Después de pisotear varios frascos y pequeñas joyas cogió algo para inspeccionarlo. El gran sacerdote pareció interesarse por aquello y el soldado se lo acercó de momento haciendo una reverencia.

—Así que pensabais volver —se regocijó el otro abriendo un libro con seis gemas incrustadas en la cubierta—. ¡Qué osadía!

Sabatha no contestó.

El sacerdote pasó las páginas lentamente, sonriendo, hasta que cerró el libro. De repente arrancó la gema que era una esmeralda redonda y la apretó en la mano hasta que prendió fuego. La gema se convirtió en humo negro. Luego tocó con sus dedos el resto de joyas, y todas se fueron apagando una a una. Entonces arrojó el libro a la cara de la criada.

—Esto es lo único que tendréis de Iálanthilían —concluyó trazando un signo de fuego en el aire—. Todos los reinos estarán cerrados para vosotros y nadie os prestará ayuda. No se os permite pasar. Las grandes puertas están rotas y nunca volveréis a ver el sol sobre Eirdain. Hoy Ithiríe será reducido a cenizas y vuestros espíritus inmundos jamás tocarán esta tierra. Sólo si los dioses son clementes, quizás algún día escuchen vuestras súplicas patéticas y os concedan la muerte.

La extraña criada se puso en pie temblando de ira. A su alrededor comenzó a arremolinarse un viento frío que arrastraba

la hojarasca. Por un momento pareció imbuirse de poder y resplandeció con un aura verdosa. Sus ojos de gato eran terribles en medio de la oscuridad creciente. Algunos soldados dieron un paso atrás.

—Algún día... —empezó.

—No agotes mi paciencia, bruja —le advirtió él—. Respeta esta tregua magnánima que se os está concediendo...

—¡Algún día reclamaremos ante los dioses nuestro regreso! —gritó ella extendiendo las manos que de repente parecían garras ardiendo en fuego verde.

El sacerdote dio un paso atrás, aterrado, y tropezó con uno de sus soldados cayendo de espaldas. El fuego verde culebreó hacia él como una serpiente, y su toga púrpura empezó a arder en medio de gritos y manotazos frenéticos. Los soldados se apartaron de su lado con horror.

Sabatha lo contemplaba gritar y retorcerse en la tierra sin rastro de piedad, con una sonrisa que helaba la sangre mientras nadie acudía a socorrerlo. El cielo rojo se llenó de relámpagos sobre su cabeza y todos los ithiries se encogieron temblando, intentando no mirarla. Ethera lloraba llena de miedo.

—¡Sobre el viento y el fuego volveremos! —aulló la criada con un rugido sobrenatural, por encima del sonido de los truenos. Ninguna garganta normal podría haber gritado así—. ¡Sobre la luna y los soles volveremos! ¡Más allá de las aguas, volveremos! Y ese día, juro por nuestra amada reina Laira que no habrá sitio donde os podáis esconder...

Aquel fuego verde creció con ella hasta consumirla en llamas igual que al sacerdote. Su figura entera pareció elevarse y convertirse en algo monstruoso de alas negras mientras gritaba sus últimas palabras ante el espanto de todos. Pero aquella imagen terrible sólo fue una sombra cambiante, que se encogió sobre sí misma unos momentos y sus cenizas se dispersaron flotando, arrastradas por el viento frío.

Y en ese momento todo desapareció. Como en un sueño de nubes grises, Ethera descubrió que ya no estaba en los bosques de Ithirïe. Los soldados de Firïe habían desaparecido, no había grandes árboles verdes ni el cielo ardía en sangre. A su alrededor, sobre la hierba agostada de un lugar desagradable y desconocido, la gente lloraba y maldecía a los dioses. Se sintió terriblemente sola y asustada. A sus pies, las últimas manzanas del Valo Nanduïl y un libro con cinco gemas muertas.

Entonces comenzó el verdadero tormento de los ithirïes. Sin un lugar donde ir, errando durante milenios, escondiéndose, huyendo en un mundo que no les pertenecía, ocultándose de humanos hostiles que no recordaban que ellos y los ithirïes forjaron alguna vez una alianza llamada Hirïa. No. Aquellos eran nemhiries y ni los adoraban, ni querían saber de ellos.

Muchos murieron de pena, incapaces de soportar la pérdida de Eirdain; otros se dispersaron ocultándose en grutas y cavernas, bajo la tierra, bebiendo el lodo y la podredumbre, alimentando sus corazones de odio y de amargura hasta que llegaron a maldecir al propio reino de Ithirïe.

Pero Ethera continuó. Su corazón lloró hasta que ya no hubo más lágrimas, hasta que descubrió que nada importaba y permitió que la negrura invadiera los páramos vacíos de su alma.

Siguió adelante. Luchó a lo largo de centurias sin que nadie de su pueblo quisiera escucharla. Las que sobrevivieron con ella le contaron viejas leyendas, cuentos que yacían perdidos en el mismo amanecer de los tiempos, poderosos cánticos de un mundo antiguo que apenas recordaba.

Aprendió cosas, misterios que le susurraban los árboles y los ríos, historias que silbaban las serpientes y las alimañas, incluso aprendió de viejas brujas nemhiries que vivían apartadas en los bosques. Sabiduría ancestral, noticias que le traían los vientos de la tierra. Supo de los cambios que ocurrían en Īalanthilïan

a través de los siglos y de las antiguas princesas que una vez fueron sus amigas. Ahora eran las reinas.

Le contaron las leyendas de la antigua civilización de Hiria y su destino final: Firie fue el juez implacable e Ithirie la mano ejecutora. Quiso sentir vergüenza por aquel holocausto que ellos mismos causaron pero en su corazón no había nada. Supo de aquellos que lograron escapar, de sus fabulosos tesoros y de los rituales que transmitían a sus descendientes, generación tras generación, en busca de poder y venganza.

Conoció a gentes de Íalanthilian que vivían en el mundo nemhirie por diversas razones. Proscritos, exiliados de otros reinos. Seres misteriosos y huidizos que nunca veía dos veces en el mismo sitio. Recordaba con claridad su encuentro con una de ellas, una vieja lunarie ciega y demente una noche de tormenta. Su rostro oculto tras vendas andrajosas se quedó en el misterio porque, de hecho, la conocía, pero no sabía de qué.

—Sabré lo que quisiste —le dijo mostrándole una bola de cristal tallado en multitud de facetas—. Pero el precio de la llave será tu sangre. Dos llaves... dos sangres.

Y luego desapareció. A Ethera no le importó. La había oído. Ya sabía dónde encontrarla. La visitó más veces. Y la bruja siempre parecía estar esperándola, con su sonrisa torcida y los ojos ocultos que parecían leerle el alma.

—¿Vendrás dispuesta a pagar? —se rió con su risa cascada.

—Sí —Ethera sacó una daga y puso el borde afilado sobre su mano abierta.

—Ta, ta, ta, bobadas —negó ella con una sonrisa espantosa, agarrándole la mano con sus dedos huesudos—. No será esa sangre tuya llena de veneno. Y yo sólo cobré una de las dos.

Ethera apartó la daga despacio y se produjo un silencio enorme.

—Conoces el futuro —intuyó temblorosa—, ¿pero también el pasado? ¿Sabes por qué ocurrió y quién nos hizo esto?

—No te importa —le espetó la vieja—. Porque no te importará.

Ella apretó los labios, contrariada. La esfera tallada lanzaba destellos en la palma de la misteriosa anciana. Al final asintió en silencio.

—Cuando el Viento de los siglos se haya marchado —surró la vieja—, el Fuego de la codicia marchito... Cuando la Luna abandone la oscuridad y los Soles olviden la luz; cuando las Aguas traicioneras sientan el avance de la muerte y los dioses siseen el regreso de Ithirïe, mi amor te enviará una llave a través de los tiempos. Y será tu sangre la que pague por él. Después, por esta llave —le dio la esfera de cristal—, yo misma tomaré tu otra sangre y el ciclo se completará, pues nada veo más allá de las sombras... Estás advertida.

Ethera sintió un escalofrío aunque no entendía nada. ¿Él? ¿Quién era él? Parecía ahogarse en la memoria pero entonces recordó las terribles palabras de Sabatha, olvidadas miles de años atrás, las mismas que la bruja acababa de pronunciar. Cuando quiso interrogar a la misteriosa vieja, se había esfumado en sus narices.

Pensaba en aquella visita como si hubiese sido un mal sueño, pero notaba algo. Se acercaba el momento. Consultó las runas miles de veces y siempre decían lo mismo: para consumir su venganza debería unirse a un humano, sacrificarse porque una vez, los ithirïes cometieron un crimen espantoso con el pueblo de Hirïa, sus elegidos, aquellos que ellos mismos castigaron sepultándolos vivos en una lluvia de fuego y arena.

Recapacitó una y mil veces sobre aquello. El libro de Sabatha que había recogido del suelo aquel día y que siempre llevaba consigo, permanecía en blanco, con todas las piedras apagadas. Era un libro de Hirïa. Un libro humano. Ellos no podían volver, estaban malditos, pero una niña humana que llevase su sangre sería capaz de abrir las puertas...

Retrasó cuanto pudo aquella decisión. Tener relaciones con humanos era lo más desagradable que se le podía exigir. Sin embargo, quizás los mismos dioses precipitaron las cosas, pues una primavera, cuando se bañaba en el lago rodeada de sus jóvenes doncellas —que jamás alcanzarían la gracia de sus madres o la sabiduría de sus abuelas, pues eran torpes y descuidadas—, descubrió a uno de aquellos bárbaros nemhries que la espiaba.

El susto la hizo huir, pero... luego recapacitó despacio, en la oscuridad de los meses que siguieron. Quizás era la señal que estaba esperando. El sacrificio que le destinaban los dioses y que ya no debía posponer más.

Y Ethera lo hizo. Y cuando se marchó sin volver la vista atrás, sabía que él estaba destrozado con el bebé en brazos. Quiso reírse, pero para su desgracia, comprendió que algo había florecido en aquel desierto que era su vida. Deseó volver, abrazar a su hija una vez más, porque acababa de descubrir que le había entregado su corazón, tal y como su madre le había dicho una vez.

Nunca volvió a visitarlos. Le daba miedo enfrentarse al hombre, le daba miedo mirarle a los ojos. Sin embargo pidió a los vientos que le trajesen noticias de la niña sin alas, y a escondidas, mientras ultimaba sus planes y cerraba tratos, pensaba en ella con más frecuencia de lo que se atrevía a admitir.

Y ahora por fin estaba allí. Lo había sacrificado todo. Había hecho cosas terribles que nadie conocía. Crímenes que no reconocería ni bajo el martirio más intenso. Todo había salido a la perfección, paso tras paso y al final, se había enfrentado cara a cara a una de sus viejas amigas. Y delante de ella, había arrancado el libro de Hiria de las manos de su propia hija sin siquiera mirarla.

Mi amor te enviará una llave a través de los tiempos —recordó las palabras de la vieja bruja—, *y será tu sangre la que pague por él.*

Ethera asintió. Porque «sabía» que no sentía nada por la hija sin alas.

Las serpientes se arremolinaban a sus pies, siseando, acariciando su piel desnuda. Los lobos aullaron y los árboles susurraron cosas cuando la tierra empezó a temblar. El viento frío del invierno le cortaba la cara, pero ya nada importaba. Tras milenios de tortura y sufrimiento los estaba invocando. A todos. Y ellos venían. Desde las grutas profundas, desde los lagos cenagosos y las entrañas de la tierra. Su gente volvía.

Cuando los vio se dio cuenta de que todo había cambiado. Ya no quedaba nadie de aquel entonces. Los que volvían eran los hijos de los hijos de aquellos que una vez fueron expulsados. La antigua generación se había perdido para siempre, y de todos, sólo quedaba Ethera. Y Nïa, que era la sangre de su sangre, sin mezclas, sin rastro humano. Nadie más sentía en sus venas el deseo de la venganza como ella, pero aun así estaban a su lado, regresaban a casa.

Apretó el libro contra su pecho pensando en la imagen casi olvidada de su madre, allí, montada a caballo bajo el cielo rojo del sol de Firïe.

—He vuelto, Laila —susurró sin darse cuenta de que no había dicho correctamente el nombre de la antigua reina de Ithirïe.

Abrió el libro y leyó las frases bajo el viento ululante. Un punto de luz verde destelló delante de ella y se alargó brillante hacia las alturas, estirándose, mostrando una puerta. Sólo una persona escuchó aquel susurro equivocado. Una chica, casi una niña, que bajó la vista para que nadie notase que estaba llorando.



1. *Cyinder*

La oscuridad inundaba cada recodo del palacio de Tirennon. Los corredores solitarios asustaban un poco, tan fríos y desprovistos de adornos que le resultaban inquietantes. En las paredes, diminutos farolitos llenos de luciérnagas blancas apenas iluminaban el camino con sus destellos, y las sombras se alargaban sinuosas, envolviendo las columnas como si la espíasen al pasar, vigilando cada uno de sus movimientos. Cyinder caminó presurosa, seguida de su doncella, y el eco de los pasos sobre el mármol se multiplicó igual que una respiración entre susurros.

Llegó a las habitaciones que la reina Maeve había dispuesto para ella esa noche. Una cena en su honor que no había podido rechazar. Ya al día siguiente, con la primera luz de la mañana, regresaría a la Universidad sin tardanza.

Los aposentos le resultaron más agradables que el resto del palacio. Allí se respiraba calidez y comodidad. La reina Maeve se había preocupado de manera especial para que ella se encontrase a gusto y Cyinder lo agradecía en el alma.

De un vistazo se hizo una idea bastante precisa de la sobriedad, la elegancia y la sencillez que impregnaban cada rincón, y tomó notas mentales para cambiar el palacio de Solandis en cuanto tuviese oportunidad. Muebles cómodos pero señoriales, nada de adornos de oro ni colores chillones. El blanco era

perfecto y daba la sensación de flotar en un mar de espuma lleno de paz.

Su mano se deslizó sin querer a un bolsillo de la modesta toga que todos debían vestir y rozó con los dedos la carta que su madre le había escrito. Se volvió a la doncella por si la estaba espionando, pero la sacerdotisa parecía estar más preocupada por la disposición de los cojines sobre la cama y el orden preciso de los libros en las estanterías, que en otra cosa. Cuando le dio la espalda, la vestal fijó en ella sus ojos convertidos en rendijas.

Cyinder se sentó sobre el mullido colchón y sacó la hoja de papel dorado, escrita con letras góticas y chispitas de luz. Por un momento se avergonzó de la propia carta, tan recargada y brillante que le resultaba ofensiva. Empezó a releerla pero su mente voló a la cena real con Maeve y las líneas de oro se volvieron borrosas.

—¡Querida Cyinder! —la saludó la reina con una amplia sonrisa—. ¡Ven, siéntate a mi lado!

La muchacha tragó saliva. Se sentía pobre y pequeña en aquel salón inmenso decorado con un gusto impecable, pero la propia reina en persona se había levantado de su asiento para mostrarle su deferencia y su aprecio, y ella no podía sino corresponder a tal honor.

Avanzó emocionada hacia la cabecera de una mesa larguísima en la que sólo había cubiertos preparados para dos comensales, aunque allí hubiese podido cenar la corte entera de Solarie sin ninguna incomodidad.

El frío se hacía sentir por todos lados. Una chimenea majestuosa permanecía apagada tras el respaldo de la reina Mab, como si el calor fuese una muestra de debilidad que la reina de reinas no iba a consentir. Cyinder respiró hondo. Ella no era débil. Solarie no era débil. Al revés, era un reino del que tanto ella como Maeve podrían sentirse orgullosas.

—Mi querida hija, porque te puedo llamar hija, ¿verdad? —seguía la reina Blanca con su sonrisa preciosa—. Te aprecio tanto que ni siquiera siento la necesidad de la Ceremonia de las Flores. Contigo a mi lado es como si se hubiesen cumplido todos mis deseos.

Cyinder enrojeció de orgullo creyendo que la otra iba a abrazarla, pero Maeve volvió a sentarse en su silla sin siquiera tocar su mano.

—Claro que sí —respondió de inmediato, deseosa de agradarla, y se sentó frente al plato vacío.

Al momento entraron varias sacerdotisas con bandejas cargadas de frutas que dispusieron en la mesa. Maeve no probó bocado así que Cyinder tampoco, aunque con gusto se hubiese dado un atracón con las sabrosas uvas rosadas que parecían gritarle «¡Cómeme!»

—Y dime, cuéntame cosas —decía la reina—. ¿Te sientes a gusto en Tirennon? ¿Echas de menos Solarie?

—Un poco. Bueno, muy poco —recapacitó al ver que la mirada de ella se oscurecía—. En verdad echo de menos a mis amigas...

Bajó la cabeza y espió la respuesta de Maeve por el rabillo del ojo. No quería contrariarla pero había algunas cosas que la hacían dudar, como el hecho de haber dormido a Laila, y retenerla en el palacio para usarla como rehén frente a la reina de los ithiries, una vez que apareció por fin ante todas en el *Reina Katrina*.

Maeve sin embargo sonreía llena de amabilidad. Era tanta su benevolencia que le llegaba en oleadas, despejando cualquier inquietud. ¿Pero cómo se atrevía a dudar de ella ni un solo segundo? Cyinder se sintió terriblemente mal. No se merecía estar en su presencia.

—Sabes que lo hice por su bien —respondió la reina de reinas y Cyinder no se dio cuenta de que la otra contestaba a sus

pensamientos, pues no había dicho nada de su amiga en voz alta—. Ethera no la quiere, la ha utilizado y si tu amiga descubre esa gran verdad, sufrirá tanto que no quiero ni pensar en las consecuencias. A ella se le partiría el corazón y a ti te arrastraría en su dolor. Son cosas que no voy a consentir.

Cyinder asintió despacio. Lo que Maeve decía era justo lo que estaba pensando. Era la verdad. Pero Aurige y Nimphia, que habían huido con los Señores de los Vientos como si fuesen criminales...

—La hija de Titania es una rebelde sin solución —contestó Maeve siguiendo el curso de su mente—. Ya sabes que Lunaríe es un reino oscuro y traicionero. Yo misma he pensado muchas veces en un cambio ejemplar. Pero ya ves, hay que respetarles y ser benevolente aunque siempre estén conspirando con sus secretos y sus misterios huidizos.

—Bueno, pero Aurige es distinta —protestó la muchacha con voz débil.

—Es la hija de Titania. No lo puede evitar. Si su madre es traicionera, ella también. No dudes que llegará el día en que sus intereses y los tuyos serán opuestos, y entonces tu amiga no dudará en traicionarte.

Cyinder agachó la cabeza ante sus terribles palabras. No podía creerlo. Aurige no era así, ni Nimphia. Sentía los ojos ardiendo y no vio que Maeve contraía los labios antes de ensancharlos en su amplia sonrisa.

—De todas formas —balbuceó la solaríe tratando de esconder las lágrimas, signo de debilidad—, dijisteis que perdonaríais a todos, que la guerra se terminaría...

—Es mi intención —la sonrisa de la reina se había vuelto fría—. Cuando todos los que se oponen a mí, se den cuenta de su ceguera y se inclinen sometiéndose a la voluntad del Reino Blanco, no habrá necesidad de enfrentamientos ni batallas. Lo que más deseo en este mundo es perdonarles, te lo aseguro.

Cyinder se sintió incómoda. No tenía ningún derecho a re-
criminarle nada, así se lo gritaban sus propios pensamientos y
cada resquicio de su alma.

—Hija mía, no he querido atormentarte —le dijo acarician-
do sus cabellos dorados y Cyinder levantó la vista—. Eres una
joven muy fuerte, casi tanto como yo a tu edad, y me siento
muy orgullosa de ti.

El corazón de ella latió apresuradamente y sonrió tragán-
dose las lágrimas.

—Venga, hablemos de cosas divertidas —siguió la rei-
na—, de esas cosas que habláis las muchachas, de fiestas y de
chicos...

Cyinder enrojeció. No es que mantuviese amistades con jóve-
nes, pero había uno en concreto... Sin embargo cerró su mente
negándose a revelar nada, ni siquiera a acordarse de él, y la
reina no pudo descubrirlo.

—Me ha escrito mi madre —dijo contenta, sacando una
carta dorada llena de adornos sobrecargados.

—¡Qué sorpresa! —fingió Maeve una alegría desmedi-
da, pues en realidad ya estaba al tanto de todo el correo que
la actual reina de Solarie recibía—. ¿Y qué nos cuenta de
Solandis?

—Bueno —empezó ella con timidez—, dice que está muy
bien y que es muy feliz ahora que nadie la critica.

—¡Quién la critica! —pareció alterarse la reina—. No pien-
so consentir que nada ni nadie enturbie el bienestar de tu ma-
dre. Dime quién es y recibirá un castigo singular por esa falta
de respeto. ¿Ha sido Titania? ¿Zephira tal vez?

—No dice nada de eso —se apresuró ella a contestar—.
Solo dice que es feliz y también me invita a ir con ella de com-
pras, porque va a salir la moda de primavera...

Se guardó la carta muy avergonzada. Su madre no tenía
remedio y ahora Maeve se burlaría de ella y de todos los so-

laríes. Sin embargo, el rostro de la reina era de infinita bondad y sabiduría.

—¿Quieres ir? —le sonrió al parecer maravillada con la noticia—. A mí me encantaría estar en tu lugar, libre de preocupaciones, sin los desvelos y las angustias que trae consigo el deber de ser reina —compuso una mirada triste—. Ya quisiera yo asistir a fiestas y desfiles de moda, pero no puedo. Tengo que ser fuerte y velar por los habitantes de Íalanthilían, pero ese sacrificio me llena de orgullo, porque sé que es por el bien de todos.

—No sé qué hacer...

—Ve, querida hija —insistió—. Diviértete y cómprate muchos vestidos. Al menos harás cosas que yo nunca me podré permitir estando en el trono.

Cyinder tragó saliva. Ella no era débil ni se asemejaba a su madre. No podía perder su tiempo en vestidos ni fiestas y además, ¿sólo lo había imaginado o había percibido cierto tonillo de burla en las palabras de Maeve?

—No iré —dijo por fin, asumiendo su papel de joven reina—. Tengo mucho que aprender y estudiar para que Solaríe sea lo que siempre he soñado.

La reina Mab pareció mirarla con tal respeto y admiración que Cyinder se sintió temblar de orgullo. Las sacerdotisas entraron y recogieron las bandejas de fruta que ni siquiera habían tocado, como dando a entender que la cena había concluido. Una cena muy corta. Ni siquiera le había dado tiempo a tomar un poco de agua, pero estaba segura de que las cosas en palacio debían ser así.

Cyinder se levantó con gran respeto, deseando decir algo importante para que aquel momento grandioso no se perdiera.

—Yo te ayudaré a cumplir esos sueños —se adelantó Maeve tomando la palabra—. Ahora eres mi hija y nunca permitiré que te suceda nada malo.

Después de la cena se había marchado, con su dama de compañía, y ahora estaba en sus aposentos frente a la misiva dorada de su madre. Los ojos volvieron a enfocarse en las chispitas de luz y releyó las líneas con desaprobación. Entonces rompió la carta y la desechó a un lado con gestos elegantes, queriendo evitar por encima de todo que la doncella notase que la pena la inundaba por dentro.

Se tumbó sobre el colchón dejando que el sueño la venciera.

Y entonces soñó con su madre, con Hellia, allá en las Montañas Shilayas de Sīdhe, cuando le había entregado la corona de oro trenzado y se había liberado de la carga que siempre había supuesto para ella reinar.

El sueño se volvió confuso, lleno de imágenes borrosas y voces lejanas. Una vieja bruja en una torre oscura. Llevaba los ojos tapados con vendas mugrientas y a su lado, una shilaya anciana miraba a las estrellas del techo y le decía unas palabras extrañas.

«Tú serás la última luz, mi niña —oyó su voz en el vacío de los sueños—. Y a pesar de todo lo que nos odias, las shilayas estaremos a tu lado cuando todo Īalanthilīan caiga en la negrura. Recuérdalo siempre...»

Se agitó inquieta. En el sueño trataba de recordar el nombre de la anciana una y otra vez hasta que dio con él. Se llamaba Violeta, pero ella aborrecía todo lo que las shilayas representaban y se alejó de la torre oscura con la cabeza muy digna.

Sentada tras los velos de la cama, la sacerdotisa blanca vigilaba su sueño y al notar su desasosiego, salió de la habitación sin hacer ningún ruido.

Cyinder se alejó de la torre sin mirar atrás. Ahora estaba en un barco que volaba por el aire. Se acercaba despacio a otra torre, tan colosal y grandiosa que el resto del mundo parecía hecho de juguete. Las corrientes entraban y salían a placer por entre los arcos y las columnas, y todos los vientos se reían de ella.

«¡Shilaya, shilaya!» —le gritaban dejando caer a sus pies vestidos estrafalarios de la moda de primavera.

Se arrebujó en las sábanas sintiendo frío. Los vientos se reían de ella, la insultaban, y sus amigas estaban allí. No hacían nada por impedirlo.

—Te traicionarán —escuchó una voz dulce y suave como la miel—. Se reirán de ti en secreto...

—No —gimió ella en el sueño, que de repente se volvía confuso y azulado.

Caras que la vigilaban en la lluvia, ojos afilados en las sombras. Susurros reptilianos mientras todo se confundía en un remolino. Rostros de dragones y antiguos enemigos: Tritia, la reina de Acuarie se reía con desprecio. Titania e incluso Zephira, la madre de Nymphia, lo hacían con risas cascadas mientras su madre, Hellia, se arrodillaba delante de todas y suplicaba clemencia.

Estuvo a punto de despertar en ese momento terrible, pero entonces una luz bondadosa la apaciguó. La calma volvió como un mar sereno haciendo que su respiración fuese lenta y profunda. Al frente, la ciudad de Solandis resplandecía radiante, más gloriosa que nunca, y todo era gracias a ella. Solarie entero la aclamaba y ella sonreía, blanca y magnánima, repartiendo amor a su pueblo.

Junto a su cama, la reina Maeve apartó la mano de sus cabellos y la observó con frialdad. La sacerdotisa que vigilaba el sueño de la muchacha se inclinó con respeto y permaneció de pie, en silencio, mientras la reina de reinas se retiraba.

Antes de cerrar la puerta, la reina Blanca volvió a espiar a Cyinder a través de la rendija abierta. Su rostro helado se volvió cruel, lleno de desprecio.

—Estúpida —susurró en voz baja, sintiendo un incontrolable deseo de reír.



2. *A través de la niebla*

«*Erase una vez*, hace mucho tiempo —leyó Laila—, una bella princesa que estaba prisionera en una torre...»

—¿La torre era muy alta? —interrumpió una niña con los ojos brillantes.

—¿Tenía novio? —preguntó otra sacudiendo sus rizos.

Laila chasqueó la lengua contrariada. Ya llevaba tres intentos de comenzar el cuento y siempre había una mocosa que tenía alguna pregunta absurda en mente. Menuda mañanita le estaba tocando. Y todo por hacerle un favor a Mrs. Peabody, que había tenido que sustituir al director Westfield por culpa de un catarro.

—No tenía novio —contestó con paciencia llevándose la mano a la frente.

Desde hacía una semana le dolía la cabeza cada vez que pensaba en la profesora. Un día incluso se había despertado de una pesadilla en la que Mrs. Peabody se vestía con cuatro o cinco abrigos de pieles, viajando en un barco con gente rara a su lado. La profesora era una vieja bruja que se ensañaba con las alumnas más jóvenes, pero Laila era una de sus favoritas y le tenía mucho aprecio. No sabía por qué se estaba obsesionando con ella hasta en sus sueños.

—¿Y qué paso? —la sacó otra cría de sus pensamientos.

—Si dejáis de interrumpir, lo sabréis —las regañó frunciendo el ceño.

Miró el reloj por cuarta vez. El tiempo pasaba muy despacio y no veía el final de aquella maldita hora de clase. En cuanto sonase la campana se marcharía corriendo con sus amigas. Además tenía hambre y frío. El invierno hacía que se sintiese débil.

—Ocurrió que un día —siguió leyendo ahora con más prisa, saltándose párrafos estúpidos—, un príncipe encantador pasaba por allí y ella estaba cantando una dulce melodía...

—¿Cuál? —interrumpió la niña de los rizos otra vez.

—Pues la misma que cantan todas las princesas —respondió Laila de mal talante cerrando el libro de golpe—. Y si alguna vuelve a decir una palabra, me marchó.

Todas las niñas gimieron con tristeza. No querían estudiar francés, y el hecho de que una de las mayores les estuviese leyendo cuentos en hora de clase era una sorpresa maravillosa. Una estaba dibujando en su cuaderno con lápices de colores y le llevó el dibujo como regalo.

—Esta eres tú —le dijo con una sonrisa esperanzada, señalándole una muñeca de largos cabellos rojizos, vestida de rosa con un sombrerito en forma de cono.

Sonrió intentando agradecerse lo sin conseguirlo. Al menos había acertado con el color de su pelo. Su mirada se desvió hacia los ventanales empañados por el frío. Fuera el tiempo se hacía cada vez más desagradable. Estaba nevando otra vez y los copos danzaban en ráfagas de ventisca. Más allá no se divisaba nada, ni el lago Lomond ni los bosques. Todo estaba rodeado de una neblina espesa. Volvió a abrir el libro por la página con desánimo.

—«Y el príncipe le dijo: ¡Rapunzel, lanza tus trenzas por la ventana...!»

—¿Cómo sabía su nombre si no era su novio? —aulló una mocosa con cara de pasmo.

Laila cerró el tomo poniendo los ojos en blanco. Ahora se iban a enterar.

—A Rapunzel la conocían todos los príncipes de la zona —se inventó—. Su padre tuvo que encerrarla porque se iba todos los días a la discoteca y no quería estudiar. Y como no visitaba la peluquería, tenía unas greñas espantosas... ¡de hecho tenía el pelo verde!, y echaba las trenzas por la ventana para que los príncipes subiesen hasta arriba.

—¡No me gusta! —lloriqueó una niña—. El cuento no es así.

—Claro que sí —dijo ella sintiendo de nuevo una fuerte punzada en la cabeza—. Porque era medio tonta y en vez de respetarse a sí misma, dejaba que los príncipes le tirasen de los pelos...

Ahora todas las niñas lloraban compungidas y Laila se arrepintió un poquito en medio del griterío. En menudo embrollo se había metido. Cuando le contasen a Mrs. Peabody lo que había hecho las pagaría caras, pero es que tanto cuento de hadas estúpido le tocaba las narices.

—Bueno, no es así —intentó corregirlo con voz dulce, pero ya era inútil—. La princesa se peinaba sus largos cabellos dorados soñando con el príncipe azul...

—Valiente tontería —la sobresaltó una voz desde la puerta del aula—. Me gustaba más como lo estabas contando antes, nemhirie.

Laila se giró. Sin saber por qué, el corazón se le había disparado a mil por hora. Frente a ella, en el quicio de la puerta, una extraña chica morena le miraba con ojos burlones.

—Disculpa, ¿necesitas algo? —preguntó pasado el susto inicial—. El despacho del director Westfield está en la planta baja, pero está con un catarro. Mrs. Peabody te atenderá...

—Menuda bruja —contestó la misteriosa recién llegada sin dejar de sonreír—. No sabía que le tenías tanto aprecio como para acordarte de ella.

—¿Perdón? —se asombró Laila.

La chica le trataba con demasiada familiaridad. Casi impertinente. Y además, ¿cómo había entrado en el colegio? Su cara le era completamente desconocida, y esas ropas... como un ladrón de las películas. Por un momento se asustó. Las niñas habían dejado de llorar y miraban a la chica con ojos interrogantes, encantadas ante la sorprendente novedad.

—Laila, soy yo, Aurige —se acercó la otra con un andar elegante, casi como una pantera—. Vamos, me parece increíble que no te acuerdes de nada. ¿Y desde cuándo eres pelirroja?

—¿Qué?

Le dolía la cabeza cada vez más, pero tenía una extraña sensación de peligro inminente. ¿Y además, cómo sabía su nombre?

—Ahora vuelvo —anunció a toda el aula, queriendo alejar a la intrusa cuanto antes de las niñas pequeñas—. Voy a acompañar a la señorita... —de repente el nombre de ella le parecía impronunciable—, al despacho del director. No quiero ningún follón y tú, Kristin, no le pegues a Beatrice o me chivaré a Mrs. Peabody.

—Deja que se peguen, mujer —rió la chica dejándola atónita—. Así se fortalecen. Que los nemhiries sois tan blanditos y llorones...

Laila la sacó de allí de inmediato, cerrando la puerta.

—Mira, te acompaño al despacho del director Westfield —susurró encaminando la marcha por el pasillo vacío—, y por favor, no hagas esos comentarios delante de unas niñas...

—Venga ya, nemhirie, déjate de rollos —se enfadó la otra para su gran asombro—, ¿o es que voy a tener que sacar las alas para que te acuerdes de mí? ¡Qué decepción!

La muchacha aceleró el paso. Estaba en presencia de una loca y además, parecía peligrosa. Cuanto antes se libraba de ella, y sin parecer asustada, mejor.

—Creí que sólo con verme despertarías —siguió la tal

Aurige, sí, ese era el nombre, diciendo cosas extrañas como si fuesen lo más normal del mundo—, pero está claro que el hechizo de Maeve es demasiado poderoso. Voy a tener que usar la fuerza para sacarte de aquí.

Laila estuvo a punto de detenerse. ¿Usar la fuerza? ¿Contra ella? Por un momento quiso echar a correr porque sentía el pánico invadiéndola. Las zancadas se hicieron más largas. No veía el momento de llegar al despacho del director y encima el colegio parecía extrañamente muerto. No sonaba la campana del final de clase, por los pasillos no había ni un alma ni se escuchaban sonidos de ajetreos escolares.

—Si supieras lo que he tenido que hacer para llegar hasta aquí —decía la otra meneando la cabeza—. Tuve que llegar a un acuerdo con Jack... quiero decir, con el nemhirie. Me avergüenza haber pactado con él, pero me hizo prometer que si me daba un Grano de las Arenas de Solarie, le ayudaría con algo que él necesitase. ¡Vamos, que estoy en deuda con un nemhirie! Tenías razón, Laila, fue él quien las robó...

—¡Ya basta! —gritó ella creando ecos que rebotaron en la piedra—. ¡Y deja de decir esa palabra!

—¿Cuál? —se detuvo la tal Aurige cuando por fin la puerta del despacho estaba a la vista.

—¡Nem... nemhiloquesea! No sé quién eres ni de qué me conoces, pero necesitas que te vea un especialista.

—Ahhh —sonrió la otra con sarcasmo—. O sea, que tú sí me puedes llamar hada y yo no te puedo decir nemhirie. Vale entonces, señorita «ithirie».

Laila sintió que se le doblaban las rodillas por el dolor de cabeza. Se había vuelto muy intenso de repente, la vista se le nublabá. Iba a caerse al suelo pero no podía permitirlo. La puerta del despacho estaba allí, al alcance de su mano. Sólo con girar el pomo estaría a salvo y Mrs. Peabody se encargaría de todo. Estaba segura.

—¿Qué te ocurre? —la voz distante de aquella chica parecía de preocupación sincera y se acercó a ayudarla cuando dio con la rodilla en las baldosas de piedra.

—Vete —jadeó, la cabeza le iba a estallar—. No te acerques a mí, ¡socorro...!

Pero todo se apagaba, se volvía de algodón. Caras difusas en la niebla oscura, hasta que no pudo más y se desplomó en el suelo.

Cuando abrió los ojos, por un momento sintió un sobresalto y se incorporó de golpe. Miró a todos lados con inquietud tratando de recordar algo, pero nada a su alrededor sugería ningún peligro, y se llevó una mano al colgante de plata que le había regalado Daniel Kerry por su cumpleaños. El metal frío la apaciguó. Había estado soñando con una chica rara que quería asesinarla. Respiró profundamente mientras el sueño se deslizaba hacia el olvido. Estaba en su cama, en su dormitorio de Lomondcastle, rodeada de oscuridad. Sentía la mullida presión del colchón y las sábanas frías.

Encendió la luz de la lamparita ahuyentando las sombras, que corrieron a esconderse por los suelos. Todo había sido una pesadilla siniestra pero, ¿qué hora era? El sueño fue tan real que le parecía que era más de mediodía. Incluso le dolía la rodilla de verdad y se la acarició de manera inconsciente. Lo bueno era que había dejado de dolerle la cabeza. ¿O sólo soñaba que le dolía?

El despertador marcaba las seis de la mañana. Más tranquila se puso en pie y llevó a cabo toda su rutina diaria de asearse y vestirse. Antes de haber terminado, ya sonaban golpes en su puerta y las voces escandalosas de sus amigas llamándola para desayunar.

—¡Buenos días! —exclamó Sandy Madison con una sonrisa radiante cuando ella abrió.

Laila devolvió la sonrisa sin mucho entusiasmo. Las dos primas, Sandy y Lizzel, le aburrían con sus charlas interminables de chicos, vestidos y cotilleos, pero por otro lado eran sus amigas de toda la vida. Sólo había que aguantarlas un poco y sonreír de vez en cuando. Más de una alumna de Lomondcastle vendería su alma con tal de formar parte del grupito de amigas de Lizzel y Sandy. Y ella, por suerte o por desgracia, pertenecía a aquel «selecto club».

Bajaron al gran comedor como cada mañana, seguidas de multitud de adulatoras que trataban de llamar su atención, siempre pendientes del último maquillaje de Sandy o de las fiestas sociales a las que iba a acudir Lizzel en cuanto llegase la Navidad.

Las dos primas parloteaban sin cesar mientras Laila pensaba, y no por primera vez, lo bien que estaría lejos de tanto tumulto y tanta fama, leyendo tranquila a la sombra de un árbol. Sin saber por qué, aquello le devolvió a la pesadilla que había tenido.

Miró a las primas y luego meneó la cabeza para sí misma. Sería una tontería contarlo, porque no había sido otra cosa que un sueño y porque además, por una razón misteriosa, su mente se negaba a decir una sola palabra sobre aquello. Lo que todavía le resultaba sorprendente era acordarse de todos los detalles de aquella chica, que incluso tenía nombre propio.

—¡Y es súper estafalaria! —exclamaba Lizzel en ese momento, en voz alta para que la oyesen todas sus admiradoras.

—Ya se le bajarán los humos —respondió Sandy con una sonrisa irónica e inmediatamente cambió de tema—. ¿Con quién vas a ir a la fiesta de navidad, Laila?

Pero ella ni se enteró. Se había quedado rígida como una estatua en medio de los grandes portones del comedor. En una de las mesitas, sola y alejada del bullicio del resto del colegio, una chica de cabellos tan negros como la noche y tez pálida, se

sentaba indolente apoyando las botas de tacón alto sobre otra silla. Saboreaba tranquilamente un fantástico bizcocho del que parecía manar lava de chocolate.

—¡Qué descaro! —susurró Lizzel boquiabierta—. ¿Y de dónde ha sacado ese pastel?

—Es la nueva —Sandy le dio un codazo cómplice a Laila—. Dicen que viene de un orfanato, ¿puedes creerlo? Están admitiendo pobres aquí, en Lomondcastle.

La muchacha tragó saliva con un nudo en el estómago y el corazón a punto de estallar. Era la misma chica de su pesadilla, y era muy real. La cabeza le daba vueltas intentando hallar una solución lógica a aquel misterio, pero cuanto más se esforzaba, más parecía embotársele el cerebro. Iba a marcharse de allí pitando pero Lizzel y Sandy la arrastraron en pos de las bandejas del desayuno. Luego se sentaron en su mesa habitual sin dejar de mirarla con descaro. La desconocida levantó una mano y la saludó a ella.

—¿La conoces? —se asombró Sandy untando despacio la mantequilla sobre una tostada, que al lado de aquel pastel de chocolate, parecía la suela de un zapato.

—No tengo ni idea de quién es —susurró Laila agachando la cabeza—. No la he visto en mi vida.

—Será una gótica —criticó Lizzel—. Lleva tanto maquillaje blanco que parece una muerta.

Comenzaron a llover los comentarios, cada vez más crueles y desagradables sobre la desconocida, pero Laila notó un tonillo de envidia en las voces de las dos primas. Aquella chica, la asesina de su pesadilla, parecía tener un aura sobrenatural muy por encima de las demás, indiferente y distante. Y encima no se había molestado en venir a rendirles la adoración que el resto del colegio sentía por ellas.

—Creo que hoy es el último día que llevará esas botas —comentó Lizzel, desdeñosa, y de repente se quedó callada.

Laila levantó la vista del plato para encontrarse a la morena plantada allí, delante de ellas. Parecía mirarla furibunda, como si fuese a lanzarle un cuchillo o algo, sin embargo en sus ojos brillaban estrellas.

—Veo que nunca aprenderás —dijo con una voz suave y fría, como la del viento nocturno—. Te dejamos sola un rato y enseguida vuelves con ellas —señaló a las dos primas con desdén.

—No se te ha perdido nada aquí, bicho raro —le soltó Sandy con grosería.

La chica nueva, Aurige, si es que de verdad se llamaba así, sonrió igual que si una daga de plata pudiese sonreír. Sandy cerró la boca de inmediato.

—No están mal para ser recuerdos —asintió despacio—. Igual de retrasadas y estúpidas que las de verdad.

Lizzel se puso en pie roja como un tomate. Parecía un toro embravecido a punto de iniciar una pelea. La chica meneó la cabeza, disgustada.

—No quiero creer que sea esto lo que siempre has soñado, Laila —pronunció su nombre con todo el descaro del mundo, como si fuese su hermana o su mejor amiga—. ¿Vivir a la sombra de estas dos tristes nemhiries y que te acepten? ¿Eso es lo que usa la vieja Mab para engatusarte?

Laila no entendía de qué hablaba aquella chica medio chiflada. Intentar comprenderla era como buscar el hilo de un ovillo enmarañado: laberíntico y sin sentido. A su alrededor, varias alumnas formaban un corro ante lo que prometía ser una buena pelea.

—¿Serías tan amable de dejarme en paz? —balbuceó tratando de ser educada y tranquilizar el ambiente. La cabeza volvió a darle una punzada dolorosa—. No te conozco de nada...

—¿Ni a Cyinder ni a Nimphia? ¿Tampoco te acuerdas de ellas? Pero de estas nemhiries sí, ¿eh?

—¿Nos estás insultando, lunática? —se enfureció Lizzel cada vez más roja.

«No, lunática no» —pensó Laila de repente—. «Es otra palabra, es...»

Pero la punzada en la frente le impedía razonar. También había perdido el apetito y el desayuno no tenía sabor.

—Ya entiendo lo que pasa —susurró la chica con un destello en la mirada—. El sueño blanco no permite que te acuerdes de nosotras. No te deja pensar.

—Tú no la dejas pensar con esa cara de payaso —saltó Sandy haciendo reír al coro de admiradoras.

La tal Aurige la ignoró por completo, sin embargo, en su mano apareció una araña negra de largas patas que bajó despacio hasta la mesa. Las dos primas chillaron de terror y el grupito de aduladoras se esfumó de inmediato.

—Sin embargo es divertido que las nemhiries de tu sueño sí que se acuerden de Teseis —siguió la chica observando cómo la araña sólo se había multiplicado una vez ante los alaridos de Lizzel y Sandy, congeladas de horror—. Ellas saben que no deben moverse porque tú te acuerdas de ese detalle. Bien. Es interesante.

Laila sin embargo estaba asombrada de no sentir ningún miedo. No podía tener miedo, porque... porque aquello sólo era una ilusión óptica, un truco. Miró a la chica pero de nuevo todo se volvía una nebulosa distante. Como si se encerrase en nubes de algodón que le impedían seguir despierta.

—Tengo que irme ya, no quiero que me pillen —decía la chica cuando su cara se disolvía en las sombras de la memoria—. Volveré pronto. Resiste...

Y ella quiso decir algo, algo importante, pero sólo susurró:

—No te conozco...

—«No te conozco, dijo el cabritillo —leyó Laila a toda la clase expectante—. Enseña la patita por debajo de la puerta.»

Veinte pares de ojos infantiles la miraban con el terror deli-

cioso pintado en sus caras. ¿Se salvaría, o se lo comería el lobo mentiroso?

Laila parpadeó un segundo de confusión. Por un momento tuvo la sensación de que ya había vivido aquello antes. Algo estaba equivocado. Parecía que repetía el mismo momento una y otra vez sin que el tiempo avanzase. Tras las ventanas llenas de cristales de hielo, la nieve caía incesante como todos los días y la niebla parecía a punto de devorar el colegio.

En ese momento sonó la campana que indicaba el final de clase y ella suspiró aliviada. Salió de allí recorriendo la galería acristalada que comunicaba con el pabellón principal, sumida en pensamientos extraños.

Apoyó las manos en la ventana y miró hacia fuera. El paisaje nevado era triste y desalentador. Los campos de deportes se escondían entre los jirones blancos de nubes que ocultaban la luz del sol de invierno. Algunas alumnas jugaban a guerras de bolas de nieve, con sus bufandas rojas ondeando en la ventisca. Era como una postal navideña descolorida. Sin darse cuenta, su mente comenzó a vagar hacia lugares fantásticos y se imaginó una isla congelada, que era como un gran diamante de hielo invertido y el frío era espantoso. Allí había docenas de barcos que volaban en el aire y...

—¡Laila! —la sobresaltó Sandy sacándola de golpe de toda aquella fantasía.

La muchacha por un momento se asustó. ¿Las dos primas habían aparecido allí de golpe, o es que ella no se había dado cuenta de cuándo se acercaron?

—¿Habéis tenido alguna vez la sensación de haber vivido algo ya antes? —les preguntó mientras iniciaban el paseo hacia el comedor.

—Eso es un *déjà vu* —presumió Lizzel en perfecto francés—. O como los que se creen que fueron Cleopatra o Marco Antonio en una otra vida. Yo desde luego, sería una gran emperatriz...

—Mira —cortó Sandy en voz baja señalando hacia adelante—. Esa es la nueva que acaba de venir.

Laila sintió el vértigo de un sueño irreal abatiéndose sobre ella. Apoyada en las puertas del comedor, una chica morena, con los brazos cruzados, parecía estar esperando a alguien. Ya conocía esa cara. La había visto el día anterior, o en un sueño... no podía acordarse.

«Se llama Aurige» —pensó asustada tragando saliva.

La chica levantó una mano y la saludó.

—¿La conoces? —se asombró Sandy—. ¿De ese sitio donde vives en Irlanda tal vez?

A Laila el comentario le cayó mal. Las primas eran sus amigas, pero a veces la mortificaban por el hecho de no haber nacido en una gran ciudad. La trataban de pueblerina.

—A lo mejor era la que cuidaba las cabras —rió Lizzel con voz aguda—. O quizás hacía sacrificios rituales con ellas. Parece una bruja.

Porque aquella chica, aunque vestía el uniforme correctamente —excepto las botas negras de tacón alto—, tenía un aire raro. Como si no encajase ni en el colegio ni en el mundo. Para colmo de males, se acercó decidida en su dirección.

—Bien, nemhirie, empiezo a cansarme de todo esto —le soltó llegando a su lado.

—Disculpa, novata, ¿te conocemos? —la interrogó Sandy, deseando adquirir protagonismo en la reunión. Nadie hablaba con Laila o con Lizzel si no le pedían permiso a ella primero.

La chica la ignoró.

—No te estás esforzando en despertar —siguió como si la regañase—, y cada vez me resulta más difícil venir. Saben que ocurre algo raro y están levantando defensas. La cosa se puede poner muy peligrosa.

—¿Venir? ¿De otra galaxia o qué? —le espetó Sandy—. Hablas raro y dices cosas que mejor debería escuchar un psiquiatra.

—Nimphia ha sido condenada al exilio por unirse a los Señores de los Vientos —decía la tal Aurige imperturbable—. Ni Eriel ni la reina Zephira han levantado un dedo por ella y la situación en Airïe es caótica. Lord Ho y Lord Drake van a asaltar Londres...

—¡Estás pirada! —le gritó Lizzel dándole un empujón—. ¡Déjanos en paz! ¡Laila, vámonos!

—¡Pasa de ella! —chilló Sandy con un tono de voz demasiado agudo, como si intentase ahogar aquella absurda conversación de cualquier forma—. ¿Vas a ir a la fiesta de navidad con Daniel?

Ella afirmó sin saber exactamente qué estaba contestando. ¿Daniel? Por supuesto que iría con él. No eran novios, pero todo el mundo daba por supuesto que estaban juntos.

—No hay fiesta de navidad con Daniel, Laila —decía Aurige en aquel momento—. No hay nada. Tu mundo nemhirie es una fantasía. Faerie es la realidad y tienes que despertar. Estás en Tirennon, en el sueño blanco de Maeve...

Sandy se abalanzó sobre ella con una rabia desquiciada. Aurige se apartó asombrosamente rápido y la chica trastabilló cayendo al suelo. Las alumnas que se habían acercado a ver qué ocurría soltaron una exclamación de asombro.

—Mira, si tienes un problema... —empezó Laila, intentando calmar los ánimos. Las primas eran expertas en peleas y luego salir victoriosas ante los profesores.

—¡Por supuesto que tengo un problema! —le increpó Aurige poniendo los brazos en jarras—. ¡He gastado un Grano de las Arenas para meterme en el sueño blanco y venir a despertarte! ¡Un grano de Solarïe! Si Cyinder se entera, me mata —apretó los puños con rabia—. Fui con Jack Crow a una mansión nemhirie donde había cosas que no te puedes imaginar. En un salón había un retrato de una mujer que era igual que la ailorïa de tu padre, y lo más increíble de todo...

—¡Vámonos, Laila, no la escuches! —gritó Lizzel, que acababa de ayudar a su prima a levantarse del suelo y le recompone la chaqueta arrugada del uniforme.

Aurige suspiró.

—Estoy harta de estas dos cretinas —murmuró con voz oscura.

De repente en sus manos aparecieron dos aspas de luz negra que daban vueltas sobre sí mismas como hélices mortíferas. Laila observó asombrada aquel prodigio. No se veían los hilos, si es que era un truco de magia, pero las aspas flotantes destellaban peligrosamente con cada vuelta que daban. La chica chasqueó los dedos y una de las hélices voló rauda cortando el aire, y se quedó a pocos centímetros de la nariz de Lizzel. Laila y Sandy gritaron de terror.

—Por favor —suplicó temblando de miedo—, no nos hagas daño.

La tal Aurige pareció contrariada.

—No se te ha ocurrido detenerla, ¿eh? —le gritó—. ¡Tienes el cerebro embotado de serrín, pero no me pienso rendir!

De nuevo chasqueó los dedos y docenas de aspas surgieron en el aire, danzando a su alrededor. Lizzel y Sandy chillaban abrazadas la una a la otra y en la salida del comedor se había formado un tumulto de alumnas intentando huir despavoridas. De repente todas las aspas asesinas parecieron ponerse de acuerdo, y volaron raudas creando estelas negras, precipitándose contra las dos primas.

—¡Ya basta, lunarie! —gritó Laila, aterrada.

El mundo pareció congelarse. Las hélices de luz negra se detuvieron y Aurige respiró hondo, sonriendo victoriosa.

—Estupendo, nemhirie —dijo con el suspiro de un trabajo bien hecho—. Ahora despierta y vámonos de aquí.

Pero Laila no sabía qué había hecho. Dijo una palabra incomprendible que le había salido de golpe, como algo oculto muy

profundo, pero ya su mente consciente se apoderaba de nuevo de su voluntad. Había pasado algo horrible en el salón. Las dos primas lloraban de miedo y todo el mundo gritaba. Miró a la chica morena con odio.

—Te pido, por favor, que no vuelvas a acercarte a mí nunca más —le dijo.

Luego se dio media vuelta y abandonó el comedor. Lizzel y Sandy la siguieron. En sus caras se pintaba una sonrisa de maldad satisfecha.



—Estoy a punto de conseguirlo —murmuró Aurige tumbada en la cama de su dormitorio.

Miraba hacia el techo con las manos cruzadas tras la nuca. Arriba, el mármol blanco había cambiado en cuanto ella ocupó su habitación en la Universidad, y ahora pequeñas constelaciones de estrellas giraban despacio sobre un firmamento negro y aterciopelado.

Estaba en Tirennon, la capital del Reino Blanco, y la lunarie no veía la hora de salir de allí.

Después del asunto con Jack Crow —cerró los ojos con fuerza tratando inútilmente de olvidarlo—, Aurige volvió a Nictis tan dócil y sumisa que despertó las sospechas de Geminia de inmediato. Cuando la chica anunció que se marchaba a la Universidad Blanca, la duquesa sintió un profundo alivio.

Aunque Geminia gobernaba Lunarie bajo la mano y protección de Maeve, Titania seguía siendo la verdadera reina para muchos, sobre todo para Oberón, y eso era una constante amenaza. La duquesa tenía proyectos para someter a los insurgentes de Blackowls muy pronto. No permitió a Aurige reunirse

con su madre en ningún momento, y cuando la chica se montó en su horrible artefacto rosa para no volver, envió mensajeros a Tirennon. La propia reina Blanca la agasajó en persona cuando creyeron que la hija de Titania estaba ya bajo absoluto control.

Aurige sonrió satisfecha tumbada en su cama. Su plan estaba saliendo a la perfección.

—Cyinder te odiará para siempre el día que se entere —le respondió una figura oculta bajo un embozo oscuro.

—No tiene por qué enterarse —replicó moviendo los hombros con desdén—. No tiene tiempo más que para ir con la vieja Mab a todos lados. Parece una muñeca de trapo. La reina blanca y la reina de oro —dijo en tono de desprecio intentando ocultar la rabia que sentía—. Además, Laila salvó Solarie. Es justo que Solarie haga algo por ella ahora.

—Yo estoy de acuerdo contigo, lunarie —asintió la figura en un susurro—. Pero Cyinder podría preguntarte por qué no dormiste al nemhirie en el momento que te mostró las Arenas. Las podrías haber conseguido todas a la vez, no sólo un Grano.

El rostro de Aurige se tiñó de rosa un segundo y de inmediato volvió a ser pálido y frío. A Nimphia no se le pasó por alto y contempló a su amiga con preocupación. Además, Aurige se había negado tajantemente a contarle cómo perdió la runa de oro de su cuello. Suspiró con paciencia.

—No creo que tengas que agobiarte tanto —le dijo Aurige, desdeñosa—. Con un poco más de tiempo sacaré a Laila del sueño blanco. Recuerda cosas si se le presiona adecuadamente.

—Tus presiones me dan miedo, lunarie.

—Pero funcionan.

—Pues me parece que vas a tener que darte mucha prisa o presionarla mejor.

—¿Por qué? —Aurige frunció el ceño—. Me arriesgo mucho cada vez que entro en el sueño de Laila. No es sólo luchar con-

tra su mente dormida. El propio sueño se protege y se defiende a sí mismo. No es tan fácil como llegar y chasquear los dedos.

—Por eso mismo —insistió Nimphia—. Si todo es tal y como me has contado, Laila corre ya un gran peligro.

—Explícate —exigió la otra incorporándose.

La airïe miró a todos lados con precaución. Cada segundo que pasaba en Tirennon era un riesgo extremo. Condenada al exilio, ser descubierta allí podría suponer incluso la muerte.

—Laila está dormida en el hechizo de Maeve —susurró—. Vive allí perdida en sus recuerdos y el sueño hace que sea feliz y que no quiera despertar...

—¿Pero?

—Pero no come, lunarïe. No bebe. ¿Cuánto lleva sin alimentarse de verdad? Su cuerpo real se debilita y se enfría. Es fuerte pero pronto el sueño la controlará por completo. Probablemente creerá que está enferma, pero ya el hechizo blanco tendrá dominio absoluto sobre su mente débil, y podría soñar con algo horrible, alguna pesadilla de su memoria. Aquí en Tirennon dirán que ha muerto de hambre y de frío. En el sueño, la pesadilla la matará.

La lunarïe salió de la habitación escudriñando a todos lados y luego cerró la puerta sin hacer ningún ruido. Nimphia se había marchado hacía rato y ella no conseguía dormir. Su amiga de Airïe, después de despedirse, había abierto la ventana y tras comprobar que no había peligro, había saltado hasta un pequeño bote que flotaba amarrado a un saliente. El pirata Diablo estaba allí acurrucado esperándola, vigilando en la noche. En cuanto pisó el suelo de madera, Diablo sopló sobre el poste de cristales azules y la pequeña barca se deslizó lentamente sobre el eterno mar de niebla que rodeaba la ciudad. Nimphia dijo adiós en silencio. Luego ella y el pirata se alejaron en la oscuridad hasta que el brillo azul parpadeante desapareció.

Aurige recorrió los salones apagados del edificio de la Universidad hasta el exterior y luego, con mil precauciones a pesar de la invisibilidad, cruzó las sendas laberínticas que se adentraban en el propio Tirennon, vacío y silencioso como cada noche, y traspasó los muros blancos del palacio hasta llegar a la habitación donde retenían a Laila dormida. La primera vez había sido difícil esquivar a los albanthios, pero ahora se movía con soltura, como un gato silencioso acostumbrado a cazar de noche. La imagen de Jack Crow hizo un intento de aparecer en su mente, pero Aurige se lo impidió.

Abrió la puerta haciéndose visible. Su amiga descansaba sobre un lecho blanco, durmiendo profundamente con los ojos cerrados. Aurige le tomó el pulso de inmediato y comprobó que Nimphia tenía razón. Laila tenía la piel fría como el hielo, apenas respiraba y los latidos en su muñeca eran casi imperceptibles. La otra mano descansaba firmemente cerrada, como un naufrago a un salvavidas, sobre el medallón de plata de los ithiries. Aurige dudó un segundo. Lo que iba a hacer era muy peligroso, un riesgo enorme, pero ya no había tiempo. No después de lo que había dicho Nimphia. Sin sentir más remordimientos, la lunarie se concentró un momento y desapareció.

Por todos lados se escuchaban campanas y sonidos de fiesta. El colegio de Lomondcastle lucía sus mejores galas, y coronas de muérdago y lazos decoraban los pasillos en un ambiente de risas y felicidad.

Laila volvió a su habitación entusiasmada. Era la gran noche. La fiesta de navidad con los chicos de Lomondfield. Cuando el bullicio en los pasillos y las felicitaciones quedaron atrás, contempló su disfraz con devoción. Un precioso vestido de hada, como una princesa de cuentos, relucía colgado de una percha. Las joyas brillaban bajo la luz de la lámpara y el tejido de seda verde era la envidia de sus amigas. Se lo había regalado Moni-

que, su futura madrastra, y como siempre, había demostrado un gusto impecable. Hasta las alas transparentes eran perfectas.

El día anterior había llegado el regalo para ella desde Francia. Laila la llamó por teléfono para darle las gracias. La pena era que comunicaba todo el tiempo y al final la muchacha desistió. Tampoco pasaba nada. Después de la fiesta llegaban las vacaciones y volvería con su padre y con Monique. Seguramente hablarían de la boda de ellos dos en primavera.

Reparó en que el vestido tenía las mangas de una gasa demasiado fina y por un momento dudó. Tiritaba de frío y se sentía con fiebre, pero por nada del mundo iba a dejar de acudir a la fiesta. Daniel estaría allí. No sabía de qué se disfrazaría, pero como siempre, formarían una pareja espectacular y bailarían juntos bajo los aplausos de todos. Estrechó el vestido contra su pecho pensando que la vida era maravillosa.

En una nube de felicidad se arregló de inmediato. Apenas se daba cuenta de que sus cabellos parecían ordenarse solos, y el vestido se ajustaba quedándole perfecto, como un guante. Dio una vuelta admirando su figura en el espejo y se mareó un poquito. Verdaderamente necesitaría dormir y curarse el catarro que tenía pinta de pulmonía, pero aquel pensamiento se esfumó por arte de magia.

Abrió un cajón de su tocador y sacó el collar de esmeraldas que le había regalado su padre en verano por su cumpleaños. Después de probárselo, decidió que el medallón de plata que le había regalado Daniel le quedaba muchísimo mejor. Cuando fue a devolver el collar a su estuche, sus dedos tropezaron con una foto ajada que había guardado allí sin saber por qué.

La miró unos segundos con aprensión. En ella, una chica morena cuyo rostro le resultaba familiar se vestía con un traje de princesa de cuentos, dando saltitos sobre la cubierta de un barco.

«El Desfiladero de los Matanusk» —pensó de repente, y aquello la asustó.

Y no sólo eso. Una torre grandiosa donde los vientos hablaban. Allí había decidido ser algo. Algo importante y único, y había gritado a aquellos vientos que ella era... que era...

La foto se volvió de color blanco y la devolvió al cajón con un fuerte dolor de cabeza que hizo que se olvidase de todo. De nuevo sonrió encantada ante la imagen que le devolvía el espejo.

Cuando salió de la habitación, las chicas que bajaban al salón de actos quedaron maravilladas. Todo el mundo le sonreía y la felicitaba, como una verdadera reina del país de las hadas. Lizzel y Sandy apenas parecían tristes reflejos a su lado y en el aire brillaban chispitas doradas.

La fiesta era maravillosa. Las chicas de Lomondcastle bailaban con sus parejas de Lomondfield y la música de la orquesta era perfecta. ¿Pero dónde estaba Daniel? Todos sus amigos sin pareja estaban allí pasándolo en grande. Cuando ya iba dispuesta a preguntarles, vislumbró una sombra por el rabillo del ojo.

Una chica misteriosa estaba allí en medio, sola, sin bailar con nadie. Llevaba el uniforme del colegio, pero parecía un punto negro en medio de la fiesta de color. La conocía. La había visto pero no sabía dónde. La cabeza empezó a dolerle y sintió frío y fiebre a la vez.

—¿Dónde está tu disfraz? —oyó que le preguntaba Doreen McCallum a la desconocida.

—Lo llevo puesto —contestó la otra con fiereza.

Y era verdad. Lo llevaba. El uniforme había desaparecido. Un traje de gasa negra y diamantes brillaba espectacular, a juego con unas alas de suave color violáceo. En la derecha había tres cicatrices. A aquella chica solo le faltaba dar saltitos sobre la cubierta de un barco y Laila creyó que se mareaba a punto de desmayarse.

La chica apartó a Doreen a un lado y caminó hacia Laila. Ella se estremeció. Quiso salir de allí pero las puertas del salón estaban cerradas.

—Creo que Daniel está a punto de llegar —le susurró Sandy a su lado, demasiado feliz, casi desquiciada de alegría.

En ese momento se escucharon golpes en la puerta. Alguien llamaba queriendo entrar y Laila fue a abrir porque «sabía» que era Daniel.

—No lo hagas —le dijo la chica morena, que había llegado junto a ella—. No abras, porque lo que está ahí fuera no es Daniel.

Ella se giró interrogante. En la voz de aquella desconocida había un tono de oscuridad.

—Escucha los golpes, Laila —susurró por encima de una música que de repente se había vuelto chillona y desafinada—. Son uñas rascando la madera...

Laila no sabía de qué estaba hablando la chica... Aurige era su nombre. ¿Uñas rascando la madera? ¿Pero qué demonios decía? Si era Daniel...

Pero por debajo de todo aquel griterío, por debajo de la música estruendosa y las caras de felicidad alucinada, algo estaba raspando la puerta, como cuando se araña una pizarra con una tiza.

—Uñas negras afiladas —siguió la otra con los ojos intensos puestos sobre ella—. Las mismas que hicieron las heridas de mis alas. Tú sabes perfectamente quién fue. Está fuera, esperando. Los dientes son como cuchillas. Sabes lo que quiere, Pelomoco, no va a parar hasta conseguirlo.

Los golpes arreciaron de pronto. La puerta se combaba hacia adentro como si un monstruo intentase derribar las maderas. Laila dio un paso atrás cuando saltaron astillas.

A su mente acudió una imagen absurda: la del cuento de los siete cabritillos. Ahora ella pediría que enseñase la patita por debajo de la puerta. A su lado, las sonrisas de felicidad de Lizzel y Sandy brillaban llenas de dientes. ¿Se salvaría o se la comería el lobo mentiroso? Pero no podía ser. Su cerebro le gritaba que era Daniel, el príncipe de sus cuentos que venía a salvarla.

—¡Es Daniel! —aullaba Sandy empujándola hacia el pomo—. ¡Abre la puerta, Laila, y todos seremos felices!

—No es Daniel, Pelomoco —seguía la tal Aurige llamándola por aquel misterioso mote—. Es la bestia hiena. Lo sabes. Recuerda sus ojos de loco asesino, sus dientes de sierra. En cuanto le abras se lanzará sobre ti. Está ahí fuera, babeando...

La música había alcanzado un grado espantoso. A su alrededor, las chicas del colegio bailaban y bailaban, como sombras al otro lado de un espejo lleno de niebla. Laila cerró los ojos. Estaba ardiendo de fiebre y la cabeza le dolía como nunca.

—¡Te queremos, Laila! —gritaban todos—. ¡Abre la puerta y baila con Daniel!

—Serás nuestra reina para siempre —le dijo Lizzel radiante de felicidad.

La muchacha giró el pomo un poquito. Abriría y cruzaría el espejo de niebla hacia su príncipe, y entonces se acabaría la fiebre y el dolor de cabeza. Su mano tembló. Porque había algo. Algo oscuro debajo de todo aquello, como un olor pestilente en una cueva llena de objetos robados. Y entonces la imagen clara y horrible de la bestia hiena se coló en su mente, persiguiéndola, dando zarpazos a través de una gruta de fuegos azules. Gruñía y reía enseñando sus dientes como cuchillos afilados.

La puerta se venía abajo sin remedio ante las arremetidas furiosas. Casi podía ver la cara de la hiena, cubierta de pelo negro y áspero. Abriría las fauces lanzando un aullido espantoso de victoria. A su alrededor todo parecía desdibujarse. El monstruo rompió la madera astillada y una zarpa horrible tanteó, frenética, en busca del pomo.

—¡No! —gritó Laila llevándose las manos a su colgante. Un colgante de plata con una serpiente de dos cabezas que brillaba en medio de la niebla. El medallón de los ithiries.

Ithiríe.

Lo que ella era. Lo que le gritó a los vientos.

Su colgante despidió un destello cegador, tan intenso que creyó que el corazón se le había parado, y los ojos le dolieron a punto de llorar.

Y entonces despertó. La bestia hiena desapareció. El colegio, la fiesta, todo pareció convertirse en jirones de humo gris. Se encontraba muy débil, casi exhausta, tumbada en una cama blanca. Miró a Aurige, que parecía ser la única persona viva en medio de toda aquella neblina.

—Ni en tus sueños vuelvas a vestirme de shilaya nunca más, nemhirie —le dijo ella con una sonrisa enorme.

